Revitalizar la identidad de la CM en la evangelización de los pobres y la formación de clérigos y laicos.

Jesucristo reunió a su alrededor a hombres sin ninguna formación misionera. Ninguno de ellos era rabino, formado para enseñar en una escuela judía, y ninguno se había graduado en una escuela griega de retórica. La mayoría eran pescadores, uno era recaudador de impuestos. Este era el tipo humano que el Profeta de Nazaret eligió para formar la comunidad de discípulos. Él mismo fue un Maestro para ellos y su enseñanza los formó. Cristo mismo les enseñó el arte de la misión.

La enseñanza fue organizada con precisión por Jesús. Cuando los discípulos partieron para sus misiones, habían sido bien entrenados por las enseñanzas del Maestro, recibieron instrucciones precisas sobre dónde ir y cómo debían comportarse en diversas situaciones. Al final de su misión, volvían a Cristo y le daban cuenta detallada de lo que habían hecho. Los discípulos debían rendir cuentas de las tareas que se les asignaban.

Jesús predicaba la Buena Nueva siempre y en todas partes. No distinguía entre la predicación oficial y la privada, entre los sermones a las multitudes, que podían llegar a algunos miles de personas, y la predicación individual, como la conversación nocturna con Nicodemo o el breve intercambio de mediodía con la samaritana junto al pozo. Cada palabra suya, cada gesto suyo, cada acontecimiento suyo se convertía en transmisión de la Buena Nueva. Su presencia era la proclamación del Evangelio. Él mismo era la Buena Noticia.

Un segundo rasgo importante de la enseñanza misionera de Jesús es su capacidad para utilizar cualquier situación para predicar la Buena Nueva. El Maestro de Nazaret enseña en cualquier contexto: en casa, en la sinagoga, al aire libre, en el templo, en el estanque de Siloe, desde una barca. Enseña de noche, al amanecer y al atardecer. Enseña en la tormenta, en el camino, sentado a la mesa, ante un tribunal como acusado y colgado de una cruz. En el taller misionero de Cristo, cada situación en la que se encuentra el misionero es buena para la transmisión del Evangelio.

Resulta un tanto limitador y equívoco confinar la predicación del Evangelio al momento exclusivo de la homilía desde el púlpito. Se corre el riesgo de convertir el Evangelio en una teoría sin conexión con la vida concreta. Por el contrario, el Evangelio es la Buena Nueva de la vida -la vida común y corriente- de cada ser humano. En la escuela de Cristo, el misionero debe dominar el arte de llegar a cada ser humano con la Buena Noticia.

Jesús comunica la Buena Nueva en dos niveles: uno que podemos llamar el nivel escolástico, el otro está relacionado con los discursos que da a las multitudes. El llamado nivel escolástico incluye las instrucciones dirigidas a los discípulos. A veces utiliza este término para referirse a sus apóstoles elegidos y a su grupo misionero de setenta y dos, otras veces para referirse a todos los que desean seguirle.

En el segundo nivel están los discursos a las multitudes, en los que Jesús cuenta el Reino de Dios a través de una parábola. La verdad evangélica se oculta en la parábola tras un hermoso ropaje que centra la atención y es capaz de cautivar a los oyentes.

Los diálogos en los que Jesús comunica las verdades del Evangelio son una forma interesante de predicación. Siempre tienen lugar en una situación bien definida. Muchos de ellos son de carácter apologético. El arte del diálogo fue uno de los factores importantes de sus éxitos misioneros.

Los discípulos de Jesús de Nazaret, llamados "cristianos" por la administración romana o por el pueblo de Antioquía (Hch 11,26), en un esfuerzo por sumar hombres y mujeres a la primera comunidad de discípulos del Nazareno relataron las cosas que Jesús dijo e hizo por los medios de comunicación de que entonces disponían: hablando en las sinagogas de los judíos o bajo los soportales de las ciudades, aprovechando las ocasiones de reunión étnica y familiar.

El día de Pentecostés, tras el descenso del Espíritu Santo, Pedro dirige un discurso misionero a la multitud congregada. El jefe del colegio apostólico expone brevemente el anuncio cristiano, exhortando al pueblo oyente a la conversión. "Los que aceptaban su palabra se bautizaban, y aquel día se unieron a ellos unas tres mil personas. Escuchaban asiduamente la enseñanza de los apóstoles y participaban en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones" (Hch 2,41-42). Esta "enseñanza de los apóstoles" se refiere tanto a la preparación para el bautismo como al período post-bautismal. Hay personas cualificadas y encargadas de enseñar: los apóstoles e inmediatamente con ellos los maestros, y más tarde los obispos y otros. Desde el principio se forma un bloque de doctrinas que hay que enseñar y aceptar para entrar en la Iglesia y que constituye algo esencial que hay que transmitir: "Os doy a conocer, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que recibisteis, en el cual estáis firmes y del cual también recibís la salvación si lo guardáis en la forma en que os lo anuncié" (I Corintios 15: 1-2).

El cristianismo surgió rápidamente de Palestina y comenzó a extenderse por todo el mundo. Los discípulos de Jesús, en sus viajes misioneros, comenzaron proclamando el kerigma en las sinagogas, encontrando en la comunidad judía un lugar natural para iniciar la actividad misionera, al fin y al cabo eran judíos. Como sabemos por el Nuevo Testamento, especialmente por las cartas de Pablo, otros también se unieron a las primeras comunidades.

El Evangelio empezó a llegar también a comunidades distintas de la judía, como los griegos, que procedían de una experiencia religiosa completamente distinta de la judía y partían de cuestiones radicalmente diferentes. Nunca habían oído hablar del Mesías, no esperaban ni temían su venida, no se interesaban por la Ley judía ni conocían los mandamientos de Dios. Eran piadosos, incluso supersticiosos, creían fatalistamente en divinidades que podían conceder diversos dones a las personas, pero que también podían acarrearles desgracias; por ello, participaban en la ofrenda de sacrificios de acción de gracias y súplica creyendo que de ello dependía el destino no sólo de los individuos, sino también de comunidades enteras. Cuando veían que alguien se apartaba de estas ofrendas, lo consideraban un enemigo público, un anarquista que quería destruir el Estado. Ni siquiera creían en la resurrección de los muertos, pues consideraban que la inmortalidad del alma era enteramente suficiente para la felicidad. Después de la muerte, será necesaria la purificación de todo mal, pero existe la esperanza de una eternidad feliz para el alma. Pablo, en su labor misionera en el Areópago ateniense, fue escuchado hasta que empezó a hablar de la resurrección. Al oír hablar de la resurrección de entre los muertos sólo recibió burlas de los que le escuchaban (Hch 17,16-34). Algunos, sin embargo, se interesaron y creyeron, e incluso se registraron sus nombres: Dionisio y un tal Dámaris.

En su magisterio, San Vicente se refiere también con frecuencia a la actividad misionera de Cristo y de las primeras comunidades apostólicas. La corriente que recorre toda la espiritualidad de Vicente de Paúl es el misterio del Hijo de Dios enviado y encarnado para ser *"misionero del Padre"*. *"El Hijo de Dios vino a evangelizar a los pobres, ¿no somos nosotros enviados con el mismo fin? Sí, los misioneros son enviados para evangelizar a los pobres. Oh, qué felicidad hacer en la tierra lo mismo que Nuestro Señor hizo allí!".* Este Cristo encarnado para evangelizar a los pobres es *"la regla de la misión"*. "*Jesucristo es el verdadero modelo y el gran marco sobre el que debemos conformar todas nuestras acciones"*.

Para nosotros, el espíritu no es otra cosa que la acción del Espíritu Santo actuando en San Vicente e inspirándole a seguir a Cristo de una manera nueva. Es este mismo Espíritu el que nos ha llamado a seguir el mismo camino. Para nuestro fundador, las cinco virtudes específicas, que nos recomienda practicar de manera especial, son elementos del "espíritu" de la Congregación de la Misión. El "fin" es continuar la misión de Cristo como evangelizador de los pobres; las "obras" o ministerios son medios a través de los cuales es posible encarnar el espíritu y alcanzar el fin del instituto. El espíritu y el fin permanecen, las obras cambian, según las necesidades del mundo, de la Iglesia y de los pobres.

San Vicente constataba, entre la gente pobre, una ignorancia espantosa de las verdades de la fe; se sentía perseguido por ella como por una pesadilla: "Cuando volvía de una misión y regresaba a París, me parecía que las puertas de la ciudad iban a caer sobre mí y aplastarme". Esta es la razón de la organización de las misiones, cuyo primer objetivo es devolver a los fieles a la práctica de los sacramentos, y que se desarrolló, muy pronto, en una verdadera acción evangelizadora de niños y adultos, a través de la predicación y el catecismo. También aquí se revela la originalidad y la modernidad de la obra de Vicente de Paúl.

Todos los historiadores están de acuerdo en que Vicente de Paúl desempeñó un papel central en la reforma de la predicación de su época. También es significativo, y sin duda providencial, que su obra se desarrollara en dos predicaciones: Folleville y Châtillon, por no hablar de sus discursos a las Damas. A partir de entonces, San Vicente trabajó para que la Iglesia pasara de la "elocuencia sagrada" a la "predicación misionera"; propuso un método que, según su autor, inspiró a la mayoría de los predicadores de su tiempo.

Vicente, que había probado la sencillez y la eficacia de la predicación según este pequeño método, en más de una ocasión lo analizó y trató de establecer sus leyes, para hacer accesible a todos este método de predicación, para tocar los corazones y llevarlos a la conversión. Esto requiere sobre todo humildad, "la virtud que más necesitan los misioneros" para conformarse a Nuestro Señor. "Hablar de cosas altas y elevadas no hace más que destruir, en lugar de edificar". Entonces hay que arraigarse en la sencillez, hablando el lenguaje de todos los días, sin efectos estilísticos, sin comparaciones eruditas ni digresiones literarias, hay que "predicar principalmente con el buen ejemplo, sí, con el buen ejemplo, observando bien las propias reglas, viviendo como un buen misionero, porque de lo contrario, señores, todo lo que uno hace no sirve de nada, de nada... Quien está para sí mismo inmerso en el desorden, sin reglas, quien busca sólo sus propias comodidades, ¿cómo podrá apartar a los demás del vicio? Es absurdo. Se le dirá: *Medice, cura teipsum*. Esto, pues, está claro; nada hay más evidente que esto". "¡Prestad atención a esto, hermanos míos! Vosotros que vais a misiones, vosotros que habláis al público, ¡tened cuidado!".

La predicación debe ser ante todo una invitación a la conversión. Para ello, sólo hay un camino: proclamar el Evangelio: "La Sociedad debe entregarse a Dios para explicar las verdades del Evangelio con comparaciones familiares cuando trabaja en las misiones. Sólo usamos muy sobriamente, en la predicación, los pasajes de autores profanos". Y de nuevo: "No tengáis miedo de anunciar las verdades cristianas al pueblo con la sencillez del Evangelio y de los primeros obreros de la Iglesia*.*"

Sin embargo, corresponde al predicador hacer que la Palabra de Dios se encuentre con la vida concreta de las personas y, para ello, San Vicente esboza las etapas de una buena predicación: exponer claramente la naturaleza del tema que se va a tratar, luego las razones que se aducen y, por último, los medios que se proponen para su realización.

Vicente admitió francamente que la formación del clero no estaba en el primer plano de sus pensamientos cuando fundó la Congregación de la Misión. El pensamiento de Vicente sobre este tema evolucionó lentamente. Los primeros documentos fundacionales de la Congregación de la Misión, de hecho, no mencionan iniciativas o proyectos relativos a la formación del clero. Durante un viaje en julio de 1628, tras una conversación con Vicente, el obispo de Beauvais, Augustin Potier, decidió recibir a los ordenandos en su casa en septiembre para prepararlos mejor al ministerio sacerdotal.

¿Fue ésta la primera iniciativa de Vicente para la formación del clero? Mucho antes, durante su trabajo parroquial en Clichy, Vicente había reunido a su alrededor a un grupo de diez o doce jóvenes que pensaban en el sacerdocio, entre ellos Antonio Portail, que entonces tenía 20 años. Nuestro Fundador llegó a la conclusión de que, para ocuparse de la formación del clero, era necesario crear una comunidad dedicada a su crecimiento humano y espiritual. ¿Cómo se le ocurrió esta idea? Un año antes, el 11 de noviembre de 1611, Pierre de Bérulle había reunido a un grupo de cinco sacerdotes para vivir en comunidad sin dejar de ser sacerdotes diocesanos. Tal vez debido al carácter autoritario de Pierre de Bérulle y al estilo que había tomado la comunidad, el padre Adrian Bourdoise la abandonó para fundar una comunidad similar con otros clérigos, primero en la parroquia de Saint-Christophe y luego en la de Saint-Nicolas-du-Chardonnet. En los años siguientes, San Vicente colaboró a menudo con esta comunidad.

En 1632, los documentos comenzaron a mencionar sistemáticamente los retiros para los ordenandos. En París, la Congregación estaba obligada a recibir a todos los candidatos a la ordenación que la diócesis de París enviaba a la Casa de San Lázaro y debía proporcionarles alojamiento y comida durante un periodo de dos semanas antes de la ordenación. La bula de erección de la Congregación "*Salvatoris nostri*" (1633) menciona explícitamente un retiro organizado para los que se preparan a la ordenación.

A medida que aumentaba el número de seminarios, Vicente se interesaba cada vez más por lo que hoy llamamos la formación de formadores. El deseo del santo era que cada miembro de la congregación estuviera bien preparado, tanto para su trabajo en las misiones como para el trabajo de formación en los seminarios. Vicente era muy consciente de que se trataba de un ideal difícil de alcanzar.

A partir de 1633, Vicente comenzó a reunir a un selecto grupo de sacerdotes diocesanos interesados en su propia formación continua. Las conferencias atrajeron a sacerdotes celosos, muchos de los cuales se convirtieron en influyentes líderes de la Iglesia en Francia. Vincenzo, como presidente, seleccionaba cuidadosamente a los participantes. La organización preveía reuniones semanales, generalmente los martes en San Lázaro. La estructura del grupo ofrecía oportunidades de desarrollo, apoyo mutuo y cooperación. La admisión en el grupo no era fácil; sólo se aceptaba a quienes llevaban una vida ejemplar. A lo largo de los años, las conferencias también llevaron a los miembros a una vida apostólica activa: enseñanza del catecismo a los niños, evangelización y enseñanza a los pobres, asistencia espiritual en hospitales y misiones populares. Aunque la mayoría de los miembros no tenían intención de ser misioneros, las conferencias hacían hincapié en las virtudes que Vicente creía que todos los misioneros debían poseer, en particular la sencillez y la humildad. Cabe preguntarse: ¿no deberíamos beneficiarnos hoy de estas primeras experiencias que acabamos de recordar?

A mediados del siglo XVIII, ambas familias vicentinas estaban en franca decadencia: se respetaba la disciplina, pero no se vivía el carisma. De ahí la grave crisis en la época de la Revolución Francesa. Decisiva fue la acción del Padre Juan Bautista Etienne que se encargó de reavivar el ardor misionero en las dos familias vicencianas. Los tiempos exigían opciones valientes por parte de los superiores, y el Padre Etienne supo dar una respuesta contundente renovando las comunidades en el signo del carisma original, fijando objetivos valientes (y la apertura misionera era muy importante), consiguió provocar una profunda renovación en la oración. A partir del siglo XIX, las Hijas de la Caridad aumentaron espectacularmente en número. Su vocación les permitía salir del país, estudiar, viajar. Luego, como sucede a menudo, el miedo se apoderó de ellas. La falta de personalidad y de carácter de las personas consagradas dio un vuelco, el carisma se redujo a la repetición de una partitura ensayada, y el miedo se impuso sobre la acción del Espíritu.

Si quisiéramos describir la realidad y la sociedad en que vivimos hoy, podríamos utilizar la etiqueta "poscristiana" (yo la prefiero a "no cristiana" o "anticristiana"). La naturaleza ambigua de la cultura secularizada y secularizante está creando una enorme confusión intelectual y moral. A menudo se resta importancia a la velocidad y la escala con que se está extendiendo este fenómeno. En esta confusión, el debate sobre lo que es bueno, malo e indiferente es más necesario que nunca. En las ruinas de la civilización cristiana, resulta excepcionalmente difícil distinguir el contenido del ornamento, la blasfemia del mal gusto, una costumbre que vale la pena salvar de otra que se puede descuidar.

Si el Titanic se hunde, ha llegado el momento de reflexionar sobre qué actitud adoptar ante una civilización cristiana en crisis y, por tanto, también sobre qué actitud misionera adoptar en una época de fuerte secularización. Ya se vislumbran claramente algunas opiniones y se manifiestan actitudes extremas. Algunos, animando a la orquesta a un mayor vigor, se inclinan por defender todo ornamento. Juran en espíritu que, aunque sea cierto que el barco cristiano se hunde (cosa que no creen del todo), ellos serán los últimos en hundirse. Otros, por el contrario, ven en esta situación una oportunidad para renacer. Al fin y al cabo, cristianismo y civilización cristiana no son lo mismo. Que ardan los viejos adornos, que desaparezcan por fin los privilegios, que se olviden las ambiciones mundanas y que aparezca por fin ante nuestros ojos el cristianismo puro, libre de hábitos y costumbres incómodos. ¿Qué hacer? ¿Tocar en la orquesta o actuar acelerando y facilitando el hundimiento del barco?

Nuestro miedo a lo desconocido, por supuesto, no es ninguna sorpresa, sobre todo cuando la caída amenaza con destruir tantos logros importantes. Cada día nos cuesta consolarnos pensando que las civilizaciones van y vienen. Es natural identificarlas con el mundo. San Jerónimo decía: *si Roma puede caer, ¿qué queda seguro?* ¿No pensamos nosotros lo mismo?

Por tanto, es posible adoptar la actitud de que, con todas las desventajas que conlleva esta situación, conviene verla como una bendición. Por tanto, debemos centrarnos en lo que es importante para nosotros, aceptando que es tan ineficaz como inútil luchar por cuestiones secundarias. Al fin y al cabo, la Iglesia no desaparecerá con la desaparición de la civilización. Defendemos lo importante sin utilizar la autoridad de Cristo para hacer apología de cuestiones secundarias para la Revelación. La Iglesia sobrevivió porque, en lugar de morir por el imperio, empezó a evangelizar a los bárbaros. La condición para dialogar con personas ajenas a la Iglesia, la condición para evangelizar hoy, es la capacidad de entablar un diálogo fructífero.

Por otra parte, sin embargo, una ilusión -una ilusión peligrosa- es el llamado cristianismo puro, siempre deseado por quienes abren voluntariamente sus puertas a los bárbaros. La naturaleza de la cognición humana es tal que, a excepción de los místicos, llegamos a conocer a Dios indirectamente, por lo que para la mayoría de nosotros la condición para conocer al Verbo es que esté encarnado. Lo divino y lo santo se nos revelan a través de lo sensual. El Dios que se revela a nuestros ojos adopta una forma concreta: el Verbo se hizo carne, y esto significa también que su Verdad se encarnó en una lengua, una cultura y un tiempo determinados. No hay cristianismo sin personas, y las personas siempre hablan una lengua, viven en una época, pertenecen a una cultura. Mientras vivamos en la carne, no hay lugar para un cristianismo puro que sólo esconde una ingenuidad de pensamiento, o es la expresión disfrazada de un deseo de expresar las verdades de Dios en el lenguaje de una cultura nueva o simplemente diferente.

Además, ¿es realmente necesario acelerar la muerte de algo que todavía está dando frutos espirituales? No debemos subestimar la costumbre. Es fácil caer en el vacío diciendo que debemos ser fieles al contenido, no a la ornamentación, a la Palabra, no al modo de expresarla. Pero recordemos que muchos de nosotros llegamos al contenido precisamente a través de esa ornamentación pasajera. Por tanto, dejemos de echar leña al fuego para separar las cosas aparentemente secundarias y transitorias de las más importantes. Cuando el fuego se apague, es posible que, por desgracia, nos encontremos con que, en nuestro afán, hemos quemado el único puente que conducía al otro lado. La costumbre es un poco como el trozo de papel en el que hemos escrito nuestra fe. Destruirla podría destruir algo más que la forma de escribir. Si hacemos renuncias en asuntos menores, ¿no acabaremos también haciendo renuncias en asuntos importantes?

Por último, la cuestión del diálogo y la evangelización. ¿Quién, ante la disyuntiva de debatir las cuestiones más importantes con un sabio experto o con un muchacho, elegiría a este último? Al fin y al cabo, la civilización cristiana no es sólo una carga, sino un gran tesoro de sabiduría y belleza. Cuando evangelizamos, debemos encontrar un lenguaje común con el mundo moderno, pero ¿por qué no enriquecerlo con el pasado, una cultura que amplía nuestra experiencia con la de generaciones de cristianos? Y recordemos que no hay certeza de que el Titanic se hunda, a pesar de lo que piensen los expertos de todas las televisiones del mundo.

Los cristianos siempre considerarán que su revelación es universal y que Dios es el único Creador, Señor y Salvador. Por eso la Iglesia tiene un mensaje dirigido a todo el mundo y no a los miembros de una élite. Por tanto, en principio, no hay alternativa a la construcción de una civilización cristiana; cualquier posible controversia sólo puede versar sobre cuál será su arquitectura, con quién construiremos y qué parte del antiguo edificio se utilizará para construir el siguiente. Al fin y al cabo, está claramente escrito: las puertas del infierno no prevalecerán contra él.

Lo que necesitamos sobre todo en este momento de la historia son hombres que, mediante una fe iluminada y vivida, hagan creíble a Dios en este mundo. El testimonio negativo de los cristianos que hablaban de Dios y vivían contra Él ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que mantengan sus ojos en Dios, aprendiendo de Él la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto esté iluminado por la luz de Dios y que permitan que sus corazones se abran, para que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y sus corazones puedan abrir los corazones de los demás. Sólo a través de hombres tocados por Dios abrimos el camino que le lleva a los hombres.

Especialmente en Europa, se ha desarrollado una cultura que, de una forma desconocida hasta ahora para la humanidad, excluye a Dios de la conciencia pública, ya sea negándolo por completo o juzgando su existencia indemostrable, incierta y, por tanto, perteneciente al ámbito de las opciones subjetivas, una presencia en cualquier caso irrelevante para la vida pública.

Por desgracia, el clima imperante de profunda actitud defensiva no sirve para debatir lo que proponemos al mundo. En lugar de centrarnos en estrategias de supervivencia, debemos pensar por fin en objetivos. Y hay que admitir que la visión de las metas es extremadamente imprecisa. Estar de acuerdo en que no queremos volver a la época del poder político de la Iglesia no significa, por desgracia, que tengamos claro qué hacer. Una crítica convincente de los defectos del viejo modelo de civilización cristiana no va acompañada de una propuesta convincente a la pregunta: ¿cómo cristianizar el mundo sin repetir los errores del pasado? El hecho de que la Iglesia, más sabia por la experiencia de los siglos, no pretenda ejercer el poder político, no significa, después de todo, que no intente cristianizar la política. Lo mismo cabe decir de la cultura y la economía. La evangelización de estos ámbitos es un objetivo evidente para los cristianos. Sin embargo, ¿sabemos realmente lo que significa la cristianización para el mundo de hoy? ¿Sabemos cómo será si vuelve a abrazar el mensaje cristiano? ¿Se parecerá a lo que es hoy? ¿Qué cambiará en él? Son preguntas para las que no veo respuestas fáciles.